

Juan Malpartida

ESTACIÓN DE CERCANÍAS



fórcola

Juan Malpartida

ESTACIÓN DE CERCANÍAS

Diario
2012-2014

fórcola
SEÑALES

Señales

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Reloj de la estación. © Shutterstock, 2015

© Juan Malpartida, 2015

© Fórcola Ediciones, 2015

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-6862-2015

ISBN: 978-84-16247-44-8

ISBN(ePub): 978-84-16247-63-9

ISBN(Mobi): 978-84-16247-64-6

«En todo diálogo hay siempre un ausente.»

J. M.

ÍNDICE

[2012](#)

[2013](#)

[2014](#)

[PIEZAS DE ENGARCE](#)

2012

5 de enero

Debajo de varias carpetas, de un atado de fichas y una pequeña pirámide de malaquita, sé que hay un cuaderno con un relato que terminé antes del verano de dos mil once, *Camino de casa*. Apenas cien páginas en las que quise recrear una experiencia tan antigua como el hombre, pero que, desde mediados del siglo XIX, tomó una dimensión nueva. No es fácil formular dicha experiencia, pero quizás se podría decir que tiene que ver con el estado de nuestra conciencia al saber que somos productos de la evolución y que en nuestro ADN hay memoria de los otros animales y formas de vida que hemos sido. Cierto, esto es algo que estudian los niños en el colegio, pero sería un error por precipitación si pensáramos que lo hemos asimilado, entendiendo por tal una comprensión no superficial de sus implicaciones. El dato es éste, y podría ser formulado con más exactitud, pero las resonancias de tal información en el conocimiento que podemos tener de nosotros mismos son de una complejidad inabarcable. Quizás sea sencillo, en cierto sentido, pero es complejo porque lo hemos de entender en relación a nuestra historia, a los significados de nuestras creencias (de la religión al capricho) y filosofías. El cuaderno me espera ahí para ser revisado, aunque lo sé concluido, a falta sólo de subsanar alguna falta de concordancia, una repetición de palabras, un descuido. Como no es un ensayo, aunque lo sea en cierto sentido muy literario, no hay tampoco conclusiones, pero a mí me sirvió, entre otras cosas a las que no es ajena la tarea de inventarme en el despliegue espiral de lo narrativo, para descender a un arcano. He reflejado en otro libro, *Reloj de viento*, una especie de katabasis: esa experiencia de los pitagóricos de descenso iniciático, sólo que en mi novela estaba más bien simbolizado al situar a uno de los dos protagonistas en un sótano donde éste desarrolla su tarea, solitaria y colectiva a un tiempo. Anteriormente, en *La tarde a la deriva*, ubiqué a su antónimo (el otro lado de lo mismo) en la parte alta de la casa, donde desempeñaba su tarea de escritor. Esa oposición se resuelve al final de *Reloj* en una espiral en la que, al bajar uno de los personajes, el otro (el mismo) sube, no se ven, no pueden verse, pero se intuyen. Cada uno es un fantasma (una imagen) del otro.

¿Cuál es ese arcano? Por un lado, biográfico, pero sobre todo es algo que está más allá de mi individualidad y del que no tengo más remedio que afirmar que afecta a la especie. Pero Dios me libre de hablar en nombre de la especie. Me basta con contar el paseo que voy dando.

Le he echado un vistazo a aquella novela de 1998 con la sospecha de que hay unas imágenes a las que siempre vuelvo, o mejor, que siempre vuelven a mí. Acaba el libro con estas líneas: «Me pregunto adónde irán estas hojas, adónde la transparencia, adónde la tarde [...] Busco la tensión de la pregunta, el arco que al desplegarse abarca la totalidad del espacio, el arco que al abrirse acoge en su diámetro al sujeto y a lo enunciado: *adónde*». Presente este mito en mi siguiente novela, se entrevé en la que cierra el ciclo, *Señora del mundo*, y late en este cuaderno que ahora saco del pequeño montón de papeles: «Pero para hablar con el niño, con las huellas que el tiempo ha dejado, para hablar contigo, creí que podría contar un cuento, contarme camino de una casa de la que no he salido, hecha del viento que hace sonar las hojas».

En la espiral de un *nautilus*, como en la de cualquier caracol, podemos encontrar un comienzo, pero el milagro, por decirlo así, es su desarrollo, el despliegue. No es posible encontrar el inicio de lo que llamamos hombre, aunque hay un momento anterior, imperceptible a la observación científica, en el que aún no, y otro posterior en el que ya sí. No invoco milagros y *deus ex máchina*, sino que la gradación debió ser muy lenta. No creo que haya ninguna explicación en el origen, y por lo tanto ninguna revelación (científica) que nos aclare el misterio de nuestra condición. Antes de nuestra aparición ya había inteligencia en el mundo animal, como la hay ahora paralelamente a la nuestra. Estamos hechos, incluidos nuestros sueños, de la materia del universo. Las estrellas son las calderas en las que se ha forjado nuestra mirada. Hay que leer *El cuento del antepasado* (*The Ancestor's Tale. A Pilgrimage to the Dawn of Life*) de Richard Dawkin: el sabio viaje de un naturalista a la semilla. Me doy cuenta de que llevo años desplegando algo en mi imaginación. ¿Acabará teniendo una figura?

7 de enero

Hay una frase del paleontólogo Ives Coppens, común en su significado a la de cualquier científico evolucionista desde el siglo XIX, que no deja de impactarme: «El hombre no cesa de aparecer». Su afirmación de aparente descripción arqueológica es, sin embargo, pura tensión interna, porque sostiene que hay algo que ha de ir apareciendo, y nos podría hacer pensar que hay una identidad que se desarrolla, algo que en un momento dado se encapsuló para posibilitar su desenvolvimiento — como la célula misma en sus orígenes — y no ha dejado de ir asomando a la realidad. ¿Es algo interno? La vida se regenera desde dentro, afirma —y con él muchos otros— Pier Luigi Luisi. Algunos genetistas que se dedican a la suerte de la evolución piensan que la tendencia de los

«sistemas a organizarse no proviene de sus componentes internos, sino de los gradientes presentes en su entorno» (Lynn Margulis); así, sea lo que fuere que no cesa de aparecer, no puede encontrar una causa suficiente en una clave meramente interna, sino en esa interacción que, sin embargo, consiste en reducir los gradientes. Porque a la naturaleza no le gustan los gradientes, pero existen. Si el hombre no cesa de aparecer es porque no somos estables, nos hallamos continuamente en un proceso de cambio, de forcejeo con nuestro medio. ¿El biológico, el ecosistema que, tal vez con cierto abuso interpretativo, James E. Lovelock denomina Gaia? En cierto sentido, aunque los retos de adaptación no son iguales para una ballena que para un hombre, supongo que las leyes que rigen la adaptación y modificación son las mismas para todos los seres vivientes, pero los seres humanos tenemos otro medio, además del que compartimos con las bacterias y los elefantes: el cultural. Aunque ciertos mamíferos superiores parecen compartir con nosotros grados de inteligencia y capacidad para el aprendizaje, e incluso para la transmisión de éste, sin embargo, nosotros somos los únicos que hemos hecho del comportamiento algo que se sale de manera hiperbólica del círculo (nunca perfecto) genético (determinismo), o como se decía antes: instintivo.

La cultura es un nicho que sólo ocupamos nosotros, aunque su excepcionalidad es un tema complejo. La creatividad, centro del ser del hombre, tan vinculada a la libertad y a lo máspreciado de nuestra historia, no es ajena a la naturaleza, que es enormemente creativa. Eric D. Schneider y Dorio Sagan, desde una perspectiva termodinámica, nos dicen que no somos más que una pauta material particular del flujo de energía y que nuestra naturaleza tiene más que ver con el cosmos y sus leyes que con Roma, Jerusalén o Nueva York, es decir, con esos epítomos de la cultura humana. Tiendo a pensar —de manera intuitiva, porque no soy científico, sino un literato al que, con lo años, van siendo pocas las cosas que le son ajenas, especialmente las ramas del saber, dicho esto con la humildad de quien se sabe un ignorante—, tiendo a pensar, decía, que incluso la complejidad de la mente humana, que es indisoluble de la catedral de Notre Dame, las *Cantatas* de Bach, las obras de Platón, Aristóteles y Shakespeare, tiene desde una perspectiva genealógica un vínculo con la vida más elemental, aunque suelen ser absurdas todas esas ideas que comienzan diciendo: «El hombre, la historia, la vida no es más que...».

Es cierto, las bacterias reaccionan ante el peligro, se agrupan para defenderse mejor de la adversidad; la colaboración, desde niveles muy elementales a los más complejos, como son los organismos con sistema nervioso, no es privativa del ser humano. Sin embargo, nosotros hemos

hecho de esos y otros muchos comportamientos una actividad que tiende o puede ser consciente; es susceptible de aparecer en nuestra conciencia. Somos seres conscientes, con conciencia de nosotros mismos. Individuos conscientes de sí y capaces de transmitir a otros individuos humanos los contenidos de esta peculiaridad. Hemos calculado cuándo surgió este universo, hemos captado las ondas de esa primera explosión, conocemos las partículas que estaban presentes en el *Big Bang*, sabemos exactamente cuándo surgió la vida en el planeta, y por qué alguien tiene los ojos azules o verdes, sabemos a qué distancia están millones de planetas y cuándo nuestro sol estallará junto con los planetas de su sistema transformándose en una enana blanca. Así que cuando hablamos del ser humano, del *Homo sapiens*, nos referimos fundamentalmente a esto y no a todo aquello que también somos y que tiene que ver con la física, la química y la biología, comunes a todo lo vivo en la tierra y el cosmos. Sin duda, lo que tiene de cósmico el ser humano es más basto que lo que tiene de *sapiens*: nos salimos rápidamente de la conciencia y de la cultura (Atenas, Nueva York), pero lo que nos hace humanos es algo que comenzó fundamentalmente hace unos cincuenta mil años, tal vez algo más, y que llamamos cultura, unas características que se apoyan de manera central en el lenguaje y en el manejo de las imágenes. Sin embargo, pensar que tanto la afirmación: «Somos más cosmos (leyes naturales) que cultura (*sapiens*)» como la más homocéntrica: «Nuestra identidad comienza justamente en el salto del fluido inconsciente de la vida a la conciencia de sí, la capacidad para pensar, dudar, contemplar, en el sentido que dio Platón a esta palabra», es desconcertante, porque esto sólo nos interesa a nosotros. Digamos sí o no, valoremos más nuestro asombro ante el cielo estrellado y la hélice del ADN, afirmemos o neguemos que la vida humana tiene sentido o carece de él, eso no le importa nada al mundo vegetal o animal que nos rodea, al mineral, a la Luna girando a nuestro alrededor, al Sol ni a los millones y millones de soles de este inconcebible universo.

El hombre no cesa de aparecer y siempre es ya el hombre, porque no hay una teleología, un fin en la vida ni en nuestra vida, una meta a cuyo término la obra esté realizada. Hace diecisiete mil años, en Lascaux, el hombre que aparecía era ya el hombre, y hace dos milenios y medio, sentados en el ágora ateniense dirimiendo sobre el Uno y los muchos, era el hombre, como lo es ahora y lo será dentro de cuatro o cinco mil años. El mismo y distinto. Quizás algún día se produzca alguna mutación (y ya se han producido muchas para ser como somos) y seamos realmente distintos a como somos ahora (¿seremos entonces *lo mismo?*), quizás con una mente superior, capaz de comprender y experimentar lo que ahora ni siquiera soñamos, o apenas vislumbramos en la

física cuántica, y quizás se podrá repetir entonces que «el hombre es algo que no cesa de aparecer».

9 de enero

«Vivacidad pura», dos palabras: la primera remite al esplendor de lo vivo, incluso a su ligereza. Las cosas, por un momento, pierden peso sin dejar de gravitar. Calificar este esplendor de lo vivo, o mejor, de la experiencia de la vida, de puro es añadirle una cualidad que expresa, más que el despojamiento, la exactitud. Lo que se da, lo que vive de esa forma es completo. No se trata de una realidad cerrada, aislada en sí misma, sino aquello que al desplegarse en el tiempo toca un poco de eternidad. Esta vivacidad es una experiencia y es un pensamiento: conciencia de la alteridad en su celebración máxima, es la mano que recorre tu pelo mientras te despiertas. Hablo del amor, del enamoramiento. Golpe o caída, según las diversas lenguas, supone una sacudida de los cimientos del ser. Caer en la cuenta del surgimiento de una realidad que otorga realidad, sentirse sacudido hasta los huesos, cimbreo de la percepción, desplazamiento de la gravitación, inclinación y movimiento del deseo hacia alguien que no termina de revelar su realidad, o mejor dicho: cuya realidad es una continua manifestación en la que el deseo no se consume. Arder sin consumirse, abrazar sin poseer: la experiencia del amor es el sostenimiento de la integridad de la presencia, bajo el influjo de una pasión sostenida a su vez por la alegría. En ella, a través de ella, desde ella, el mundo gira y se aquieta. Ella teje el mundo en una gavilla trenzada por el sol del mediodía: todo es real, un pensamiento que fluye como río, un mar que vuelve, ola que estalla sobre la costa. De pronto sentimos que eso que denominamos vida y que surgió hace casi cuatro mil millones de años en un oscuro y milagroso charco tiene sentido y la vida, por un instante, se contempla y se sacia en una mirada. Hizo falta la fusión nuclear de las estrellas para que esa mirada se sostuviera hoy afirmando la existencia del otro, y en ese otro, la otredad que nos constituye y nos lleva siempre más allá: puro fluido de tiempo. No durará esto, ni el sol del que surgieron sus átomos, pero hay algo realmente grande en esta sencilla y pasional inclinación, en este sí que persevera.

26 de enero

Toda la gravitación amorosa, en sus inicios, corre una y otra vez el riesgo de caer fuera de la espiral. Una sospecha en la que acentuamos el

miedo que el fracaso de otras veces ya había acumulado, un exceso de decisiones devenidas del ímpetu de la propia pasión, que quiere proyectarse hacia el futuro atándolo todo, dando respuesta a todo con el fin de defender este presente luminoso, el viejo dolor del tiempo: todo desemboca de pronto en la extrañeza y uno ve el mundo desde su sombra, arrastrado por las calles.

15 de febrero

Hay algo de lo que no habló Octavio Paz en su reflexión sobre el enamoramiento —sólo alguna línea aquí o allá, siempre lejos de la extensión que dedicó al esplendor y a la afirmación— y es la sombra del amor. Está en la visión de su propio *pathos*, en varios poemas de *Libertad bajo palabra*, por ejemplo, pero no en el hecho de la percepción del otro como doble de lo afirmativo, del error; por decirlo a modo de sugerencia, en la comprensión de la parcialidad del otro, o de manera paradójica: en su unidad conflictiva. El enamoramiento puede abrir varias puertas, una de ellas, ligada al erotismo, es la afirmación del otro desde la inclinación del propio deseo. Asistido por la pasión, uno despliega un arco en el que todo se cumple, un sí solar que ocupa la circunferencia del ser. Iluminado y cegado a un tiempo, ninguna otra cosa es visible o lo es a través de esta luz que, como una fuerte corriente, todo lo recorre. Lo que ve es verdad, pero también apuesta. ¿Responderá la realidad que está medida por el tiempo? El enamoramiento es antifilosófico: no se apoya en la ignorancia, sino en el saber. No es una pregunta por las posibilidades, sino una respuesta afirmativa ante la presencia. Filosofar es una actitud mental que parte de la ignorancia hacia el saber, sabiendo que nunca sabrá lo suficiente ni sabrá el todo que subyace en su búsqueda. El enamoramiento es una certeza que quiere desplegarse en la temporalidad, hacerse extenso, experiencia, convivencia. A diferencia de la fe religiosa, el enamoramiento se apoya en la realidad de una persona, es una intuición que dinamiza los extremos de la analogía y las correspondencias. La persona es real, porque de lo contrario el enamoramiento sería pura subjetividad, afirmación del yo y nunca del otro, ¿pero cuál es su realidad? Todo hace señales y el crisol es alguien a quien uno desea. La realidad, pues, responde. A veces se cruza una sombra, pero ¿qué importa ante el impulso avasallador de esta pasión que al afirmar me afirma? El tiempo pasado y el tiempo presente y el tiempo futuro son un mismo tiempo: una persona que, por un instante que no pasa, pone fin a todos los tiempos. Pero, dado que es una intuición que, como todas, está expuesta a la prueba de la realidad, no pocas veces este enamoramiento está basado en ele-

mentos parciales (erotismo, cierta gracia, aspectos iniciales de gustos y disgustos apenas esbozados y que nosotros completamos con generosidad), la mayoría de las veces topamos con las diferencias que no son constitutivas de una unidad (la pareja), sino que amenazan con su descoyuntación. Además de las diferencias razonables están también otras que podemos denominar psicológicas. Esa persona cuya espontaneidad en ciertos aspectos, tan poco ordinaria, tocada por lo poético, de pronto nos revela su lado en sombra, lo siniestro, ¿quién es?, queremos preguntarnos, pero la pasión, su velocidad, como una ola lanzada a una orilla lejana, nos impide detenernos, oír esa pequeña voz que quiere preguntarnos por el otro lado. Hasta que un día, la pregunta tácita, apoyada en la tristeza o el agotamiento, se sitúa frente a ti: ¿Quién es? Tu deseo retrocede, el arco extendido se afloja, su circunferencia apenas es un segmento acobardado y escéptico, y poco a poco te acabas diciendo que no la conoces, o que lo que comienzas a saber, lejos de alimentar la pasión, la inclinación a afirmarla, la cuestiona mermándola. Ah, aquellos pequeños detalles a los que no quisiste atender, aquel día al amanecer, o bien aquella conversación que no quisiste continuar temiendo oír algo inquietante, o aquellas subliminales revelaciones sobre su pasado que ahora arrojan datos y datos a lo que ya sospechas y que amenazan con destruirte en la medida en que tu deseo hacia ella persista... ¿Dónde estuve?, te preguntas. ¿Quién he sido? ¿Apoyado en qué, en quién? Un viento de furia y melancolía recorre tu pensamiento, y durante días y noches repasas las imágenes, sus palabras, las tuyas, los gestos, lo que había y no lo que estaba ausente. El cuerpo parece aún real, como si en su silenciosa locuacidad hubiera prescindido de todo lo que ahora sabes y quiere aún su ración de ternura y de eternidad. Pero le dices que no, que siendo real son locos simulacros del deseo. Le mientes, te dices que todo fue mentira, aunque tan real que pareció verdadero. Finalmente te dices que fue verdad, pero no toda, y que lo que os aleja, aquello que hace que las palmas en el aire no se encuentren, podría destruir del todo esos abrazos intensos que, lanzados en su propio elemento, enlazados en un saber que no soporta el rigor de la historia, dijeron una y otra vez sí, sí. El otro, tan cercano y entrañable, se ha vuelto el desconocido, y sospechas que también lo es para sí mismo.

30 de marzo

Recuerdo algún día de invierno en la costa, el viento y la lluvia azotando los árboles, que gemían como animales asustados, atados a sus propias raíces. El mar, no lejós, mordía la playa desafiando los límites. Al

día siguiente, paseando por la orilla —una vieja costumbre tras las tormentas, mantenida desde la adolescencia— contemplabas los restos del naufragio, los fragmentos de todo.

*

Toda la cultura es un intento, a veces desesperado, por hablar con el otro; también por negarlo. Pero toda negación del otro como realidad necesaria de la naturaleza del diálogo es la constatación de un fracaso. Queremos hacernos comprender, y comprender no sólo lo que el otro es, una cuestión ontológica sin duda inquietante, sino sobre todo lo que dice. En el orden pasional, afectivo, nos desvela que dichas manifestaciones son vividas por alguien único. Es cierto que las ideas son generales, incluso cuando son concretas: es su condición de existencia. Pero la gracia, el enigma, es que siempre están pegadas a un cuerpo, amasadas en un cuerpo, que es una mente que es un cuerpo. Qué extraño y entrañable ver en alguien a un ser real, ni abolido por las abstracciones ni apegado identitariamente a las ideas e impresiones, sino balanceándose entre el humor y la seriedad. Pocas veces sucede. Sí parcialmente: un rato de dicha, rara vez continuado. Pero si logra darse ese reconocimiento, entonces la vida parece tener sentido, aunque su sentido no sea la claridad de una cifra, una flecha lanzada al destino, sino el cálido balanceo entre la luz y la sombra.

2 de abril

¡Claro que el hombre es algo que no cesa de aparecer! Ser el que se es, afirmó el clásico, como la estatua de Miguel Ángel, que él intuía en la piedra y al parecer sólo tenía que descubrir. Pero el caso es que ser es un ir a ser, una búsqueda desde ciertas fatalidades. Nuestro genoma es una fatalidad, pero lo que hacemos desde él, estando marcado, no es del todo previsible. En el ser humano los elementos ficcionales, todo lo que es imaginario, es fundamental por fundante. Lo imaginario nos constituye. Lo que imaginas te ve. Por otro lado, la incesante aparición del hombre deviene de su relación con el medio, con sus circunstancias, término caro a don José Ortega y Gasset, aunque sospecho que el filósofo madrileño cargaba demasiado las tintas sobre la dimensión de nuestra voluntad. Tengo que volver sobre esto.

*

Las mujeres tienen menos miedo a los sentimientos que los hombres. A un hombre, cuéntale un desamor en clave irónica, suficiente, y verás cómo te oye, o mejor dicho, te cuenta lo que él entiende de las muje-

res. O bien comparte con él una teoría sobre la enajenación, el amor cortés o la sublimación freudiana. Qué buena conversación. Pero a una mujer, si le cuentas los detalles, si despliegas las anécdotas, si logras poner en pie una pequeña novela, ah, cómo oyen y te ayudan a contar los hechos. Y uno, al quedarse solo, siente que ha podido hacer visible su realidad, no una cifra afinada e irreal en su exactitud. ¿Qué fue aquello que escribió Diderot al final de su vida, en la que al parecer fue su última carta? «La philosophie n'est que l'opium des passions. C'est la vieillesse d'un moment». Lo que podríamos traducir: «La filosofía es sólo el opio de las pasiones. Es la vejez del tiempo».

7 de abril

DIARIO DE UNA NOCHE DE J. VENTADOUR

Los dioses son celosos. Lo supe desde el principio, pero aposté y te amé hasta el delirio. Yo era el del otro lado, la voz de extramuros. ¿Pero quién puede contra un dios? Sólo quien oye el río de la vida. Ahora camino por los márgenes, de mí, del mundo, y maldigo el monoteísmo.

*

Mi amiga se moría por mí y yo me moría por otra. ¿Es ésta la red de lo condicionado de la que hablaba Buda? El iluminado vio la enfermedad, la vejez y la muerte, pero nunca el padecimiento del amor. Cristo vio a Magdalena; yo veo la noche que se extiende y una sola sed. Flujo piroclástico.

*

Voy y vengo por la casa, como un fantasma. Pero mi perro aún me ve y me sigue.

*

En el siglo de la comunicación, la ausencia de un solo mensaje hace de todos los medios un insomnio de dunas.

*

Si encontrara la mecha, lo incendiaría.

*

Miro las cosas de la casa (libros, cuadros, papeles), busco un lugar donde apoyar la cabeza, pero todo es puro viento.

*

Decido dormir en la calle, y el siroco arrasa mis pensamientos. El viento es mi aliado, me desmemoria.

*

Bandeja de entrada. Revisando mensajes. Nada. ¿Cómo? Una vez más, una vez más: nada. Miras detrás de las palabras levantando finalmente la piel de las córneas. Nada.

*

Teoría de la relatividad. Has envejecido veinte años mientras abajo, en el bar, en el mismo tiempo, la gente pide otra copa.

*

Ella hablaba siempre de la escucha, y tú percibiste desde el principio que sólo oía la rueda de su antroposófico sistema delirante; pero la velocidad del día, el ritmo frenético del deseo, el cuerpo sumergido en su cuerpo... Un día se detuvieron los insectos y oíste su discurso abarcando tu voz, la de los ríos y las plantas, y a ella misma, muchacha alguna vez orilla del mundo, a la escucha de sí misma: un espacio donde la vida concurría resuelta en pura geometría cruel: tesis, antítesis: síntesis, rol de dogmas sucesivos en un escenario de llamas estáticas.

*

Ahora es un fantasma: imagen que recorre mi cuerpo y nunca toco. No puedo cerrar los ojos. No hay ojos, sólo una imagen vírica traduciendo todo en su ausencia.

*

Y sin embargo, hubo realidad, y dicha, y noches sin amaneceres. Hubo una hora que fue todo cuerpo y el mar tocó la orilla de la casa.

12 de abril

Hay periodos en la vida en los que uno debería dedicarse sólo a la pereza, a caminar, conversar, a cambiar el orden de la casa, esperar. No escribir, apenas leer, salvo pequeños textos, oír música, y sentir cómo pasa el tiempo: como un camino a veces, como algo que se extiende en muchas direcciones; otras, como una inclinación, al caer la tarde.

Los conocimientos se hacen difusos, los datos apenas son precisos, aunque la reflexión espontánea puede ser igual de sugestiva. Las tareas iniciadas, los proyectos, todo lo que sin duda es tuyo queda en un orden que no es el de lo necesario, el de la productividad. No, se vive, como en la adolescencia, en las posibilidades del cuerpo. Pero ¿qué es